

La historia intelectual según Steiner

George Steiner en The New Yorker

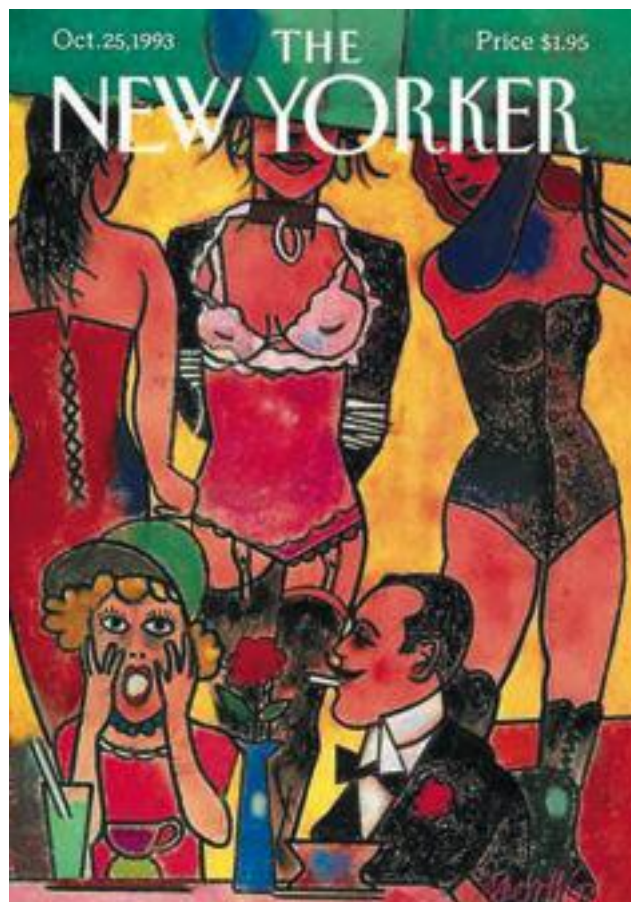
Edición de Robert Boyers
Traducción de María Condor
Siruela. Madrid, 2009
392 páginas. 23,90 euros

Por **Jordi Gracia**

ARTÍCULO. PARTE DEL SECRETO está en las preguntas, y Steiner siempre pregunta bien. Por eso sus artículos trascienden la función del artículo-resena y adquieren sin aspavientos la consistencia de ensayos, o de breves capítulos de historia intelectual, en torno a conflictos cruciales contemporáneos: pregunta por la turbadora convivencia de barbarie y alta cultura y pregunta por la atracción del esoterismo o la mística en escritores excepcionales; pregunta por la razón de algunos géneros, como el episto-

ciones asentadas; son autores con vocación de radicalidad y sobre todo de libertad segura de asumir los riesgos de esa libertad, incluido Albert Speer y sus diarios (antes de su obra autobiográfica más conocida), incluido el músico Anton Webern y el ostracismo que le salvó del nazismo militante, la narrativa y el teatro de Samuel Beckett o el George Orwell de 1984. Pero más allá del acierto en preguntar y el acierto en escoger a los autores, hay otro factor reservado a muy pocos: ya no es sólo la voluntad de comprender los mundos intelectuales de los autores particulares, sino la aptitud para hacerlo desde la solvencia de una información completa, suficiente, sobre las trayectorias y las inquietudes de cada uno de ellos. El último peldaño para hacer estos ensayos insustituibles es la sutil inteligencia para armar retratos sintéticos con brío de autor, donde las síntesis vertiginosas se cruzan y solapan con asuntos cruciales de nuestro mundo contemporáneo. El Steiner que habla en estos ensayos es una creación genuinamente literaria, en su plena madurez vital, y dispuesto a identificar la excelencia más allá de la psicopatología, como en el ensayo dedicado a Simone Weil y su obstinada mortificación en vida como método de comprensión del mundo. Es muy posible que Steiner esté autorretratándose con elegancia cuando explica las condiciones necesarias del gran erudito, el que se fía obstinadamente “de su nariz de perro trufero para el documento oculto pero clave” y “despliega a partir de él la aplicación, la inferencia generalizadora”. Y aunque éstos no sean ensayos de erudición sino de crítica cultural

—y no literaria solamente— opera un resorte creativo y estilístico que dota de autonomía a los textos. Porque cada autor y cada libro es en el fondo un amarre que sirve para ahondar en las propias intrigas, como si el mundo de los otros valiese también como mecanismo de exploración de las propias intuiciones o sensaciones. Por eso tantas veces los ensayos de Steiner poseen la autonomía de la literatura de ficción: funcionan poderosamente como textos literarios, persuasivos, y alimentan no la curiosidad informativa sino la indagación reflexiva del lector. Y Steiner sabe que la combinación de todo ello lo hace un clásico imbatible en estos sutiles equilibrios entre la soberbia del autor y la humildad del crítico. Su estima por Jorge Luis Borges es la más alta y en el balance general de su particular “extravagancia” no calla ni la propensión preciosista de su literatura ni la “elaboración rococó que puede ser cautivadora pero también asfixiante” porque el orden borgiano se aleja “del activo desaliño de la vida”. La síntesis final es casi mágica al presentar un Borges “anarquista y arquitecto; sus sueños socavan y reconstruyen el paisaje chapuceado, provisional, de la realidad”. Vale la pena no callarlo: después de leer a Steiner lo mejor que se puede hacer es olvidarlo. •



Portada de *The New Yorker*.

lar, y pregunta por la naturaleza secreta de las convicciones. En *The New Yorker* Steiner publicó entre 1967 y 1997 unos 150 artículos y este libro recoge un puñado nada más, y algunos ya aparecidos en otras compilaciones traducidas al español. Pero es mucho y muy intenso: el baile se cierra con un ensayo autobiográfico que tiene forma de reseña de un libro sobre el rector de la Universidad de Chicago en los años treinta y cuarenta pero se ha abierto con un extenso y fascinante análisis de la figura del espía e historiador del arte Anthony Blunt. En medio ha estado discutiendo con solvencia las posiciones lingüísticas de Chomsky o ha tratado de entender la particular fascinación de la literatura de Céline, y también sus límites, como ha lamentado las espirales automáticas de Thomas Bernhard sin discutir su valor o ha discutido el valor de demasiadas simplezas superficiales de E. M. Cioran, como ha extraído del primer tomo de la autobiografía de Bertrand Russell algunos elementos reflexivos cruciales y un retrato de personaje equilibrado entre la fría veracidad del autobiógrafo y la impiedad asociada.

Todos estos casos, por no decir que todos los incluidos en el libro, tienen una virtud común: son autores que han desafiado las convenciones y las tradi-

Restauración y Dictadura

Ramón Villares y Javier Moreno Luzón
Crítica / Marcial Pons. Madrid, 2009
760 páginas. 33 euros

ENSAYO. ESTE VOLUMEN de la magnífica Historia de España que dirigen Josep Fontana y Ramón Villares cubre ese periodo tan decisivo en el que muchas cosas parece que todavía podían hacerse, pero que no se hicieron: de la Restauración (1876) a la Dictadura de Primo (1923-1930). Ese tramo está sobrado de jalones en los que detenerse como la penúltima guerra de Cuba, el primer reinado de la Restauración, el asesinato de Cánovas, la Gran Guerra y la propia censura que supuso el golpe de Miguel Primo de Rivera, pero uno de ellos gigantea sobre todos los demás, el 98. Por eso puede decirse que la obra se compone de dos libros y no uno; un antes y un después de la fecha que permitió decir a los españoles aquello de “más se perdió en Cuba”. En la primera etapa restauracionista domina un mecanismo que comunica la Es-



paña real con la oficial, el caciquismo que aunque no era la democracia, sí, probablemente, lo único a lo que podían aspirar los españoles para que medio funcionaran las instituciones. Esos fueron los años, brillantemente explorados por Villares, en que aún se podía intentar que España fuera Francia, con la despensa y escuela de Costa, y la fabricación de un Estado-nación cuyas graves insuficiencias, arrastradas hasta el presente, ilustran hoy la *kale borroka* y un regeneracionismo catalanista que ya sólo mira hacia sí mismo. El gran parteaguas nacional que saca todas las vergüenzas al aire será la guerra hispano-norteamericana; es la España sin pulso de Silvela con la pendiente hacia algún tipo de solución quirúrgica que fue la primera dictadura, y sobre la que aún se discute si murió o no el enfermo en la mesa de operaciones. ¿Iba la Restauración hacia una modernidad, de la que no podría apartarla ni Primo? como sostienen Raymond Carr y Shlomo Ben Ami, o era ¿un *cul de sac* que chapoteaba sobre el propio terreno? Pero a lo largo de ambos subperiodos lo más notable es lo que España no hizo: segregar una teoría de sí misma como nación bien fuese plural, regional, “mancomunada”, iberoamericanizada, o lo que sea, todo mejor que esperar mano sobre mano a que alguien proclamara al amparo de una guerra un presunto destino en lo universal, o lo que es lo mismo: nacional-catolicismo. Y si algo hay que reseñar en un brevísimo y levísimo “debe”, es posible que a la obra le conviniere un poco más de Europa alrededor, sobre todo en el primer libro, para disipar dudas de que España haya sido nunca diferente. Puede que España comience a ser en 1812, pero lo seguro es que esa promesa no fue atendida en los cien años siguientes. Después vino Franco y ya el cataclismo tuvo que ser inenarrable. **M. Á. Bastenier**

La filosofía como forma de vida

Pierre Hadot
Traducción de María Cucurella Mikel
Alda Decay. Barcelona, 2009
266 páginas. 29,50 euros

FILOSOFÍA. POR EXTRAÑO que parezca, Hadot fue el hombre en el que creyó Foucault y al que ayudó a entrar en el club de los sabios: el Colegio de Francia. Pero no es tan asombroso si se tiene en cuenta lo obsesionado que estaba Foucault por la filosofía como forma de vida y, ya entonces, antes de entrar en el Colegio de Francia, Hadot había redescubierto una de las claves fundamentales para la interpretación y asimilación del pen-



samiento antiguo, sintetizada en la idea de que para los griegos y los romanos la filosofía era una forma de vida que determinaba una forma de conducta, además de un magisterio siempre basado en el diálogo y en el sistema de preguntas y respuestas. Por eso, Hadot evidenció que los ejercicios espirituales que más tarde caracterizarían a ciertas corporaciones cristinas estaban basados en los ejercicios reflexivos que hacían todos los filósofos antiguos, y no sólo los que pertenecían a sectas como la pitagórica, basadas en la meditación. Con estas y otras iluminaciones se va a encontrar el lector en *La filosofía como forma de vida*, las conversaciones que Hadot mantuvo con Carlier y Davidson, buenos conocedores de su pensamiento. El libro se convierte así en una guía perfecta de la vida y las reflexiones de Hadot, así como en una arqueología de su pensamiento, desde sus orígenes católicos a su posterior desarrollo neopagano. **Jesús Ferrero**

Ser quien eres: Ensayos para una educación democrática

Emilio Lledó
Introducción de Antonio Bernat Montesinos
Prensas Universitarias de Zaragoza
Zaragoza, 2009. 284 páginas. 22 euros

ENSAYO. RESULTA SIGNIFICATIVO que algunos de los pensadores españoles más conocidos y que suelen ser identificados con la filosofía que se hace en este país se reconozcan a sí mismos como *pedagogos* y, como tales, den un papel decisivo a la educación en la constitución ética de los ciudadanos. Pienso en José Antonio Marina, en Fernando Savater y, a tenor de este volumen —que recoge artículos de prensa, conferencias e intervenciones públicas a lo largo de los últimos treinta años— en Emilio Lledó. Aunque es



inevitable establecer muchas diferencias, los tres ponen un especial énfasis en su papel como educadores, no rechazan para sí la etiqueta de pedagogos y atribuyen a la educación en todos los niveles una función decisiva para la formación del ciudadano y la consolidación de los valores de la sociedad española democrática. En la figura intelectual de Lledó se funden tres acervos que dan a su personal y sostenida labor como pedagogo un sesgo inconfundible. Por una parte, la pasión de enseñar, que Lledó entiende como relación íntima y fecunda entre maestro y alumno sin más mediación que el lenguaje y la memoria común. En segundo, la herencia de la tradición hermenéutica alemana que Lledó aprendió de su maestro Gadamer: la hospitalidad y la tolerancia en el contraste de las ideas y el placer de la permanente conversación entre razones. Y, lo que quizá sea su pauta más personal: su reconocida capacidad para interpretar productivamente la *paideia* de la Grecia clásica como ideal irrenunciable de la educación moderna. Esta fusión de la tradición antigua con la Ilustración marca no sólo su vocación y su tarea como pensador sino que configura un auténtico compromiso intelectual y político. **Enrique Lynch**